

NECROLÓGICA

JAVIER LAHUERTA VARGAS Y LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

DOCTORA DOÑA MARÍA ANTONIA FRÍAS SAGARDOY

*Académica Correspondiente de la sección de Arquitectura y Bellas Artes
de la Real Academia de Doctores de España*

La extensa vida de don Javier Lahuerta (1916-2009) ha sido muy rica en actividades realizadas y en acontecimientos promovidos o presenciados; pero sobre todo muy fecunda: con múltiples frutos y aportaciones profesionales, y con gran riqueza de relaciones establecidas que han tenido positivas repercusiones en la vida privada de muchas personas. En mi intervención, completando cronológicamente las que acabamos de escuchar, me limitaré a dar unas pinceladas que reflejen el talante humano de su vida en la Universidad de Navarra, en Pamplona, de la que he sido un testigo más, y donde ha dejado un vacío que estimula el recuerdo agradecido.

Estudiaba yo segundo curso en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad de Navarra, cuando don Javier (siempre le hemos llamado así) vino desde Madrid para incorporarse al claustro de la misma. A partir de octubre del año 1966 fue Profesor Ordinario de Estructuras, siendo inmediatamente nombrado Subdirector de la Escuela. No recibí sus clases hasta el curso siguiente, cuando ya era Ayudante suyo el que enseguida fue mi cuñado Lorenzo García Durán que, como mi hermana María Rosario, había estudiado en Madrid la carrera de Arquitectura, habiéndole tenido como profesor de su especialidad. Por ellos tenía ya noticia de sus cualidades más sobresalientes, su rigor, su justicia, su trabajo infatigable y su acogida amable a pesar de que su imagen sería imponible un poco.

Entonces no éramos conscientes del sacrificio profesional y social que el hecho de dejar Madrid por Pamplona pudo suponer para él y su familia. Posteriormente he leído en sus recuerdos, su valoración justa de los *pros* y los *contras*, que eran más numerosos, pero fue una valoración no práctica, sino de tipo moral, fundada en la visión sobrenatural del espíritu que anima a esta universidad, la que le llevó a responder afirmativamente a la petición que le hicieron en nombre del rector, el primer director de la Escuela Ignacio Araujo y su hermano Juan Lahuerta que colaboraba con éste.

Casi inmediatamente de llegar a Pamplona, por convenio firmado en noviembre de 1966 y gracias a su iniciativa, se puso en funcionamiento en la Escuela el Labo-

ratorio de Edificación, que lleva controles técnicos para empresas externas al tiempo que contribuye a la investigación y docencia universitaria. Hasta 1990 don Javier fue su director, siendo García Durán Jefe de la Sección de Control de obra. En ese mismo mes, con Mavi, su esposa, asistió a la boda de éste con mi hermana, resultándome desde entonces mucho más familiar su figura.

Aunque en Madrid don Javier había acumulado diecisiete años de docencia en la Escuela de Arquitectura y anteriormente otros ocho en Aparejadores, no había tenido oportunidad de opositar a cátedra, ocasión que se le presentó al año siguiente de venir, y que aprovechó brillantemente. Ello le supuso el esfuerzo de simultanear al menos un curso su docencia en Pamplona y en Madrid. Entre los alumnos este hecho no trascendió demasiado por ser ya muy grande su prestigio, aunque después fue muy frecuente que otros profesores de la Escuela, bajo su impulso, opositaran también, hasta lograr el número de catedráticos necesarios para que promociones sucesivas no tuvieran que revalidar su título en Barcelona, tal como lo hicimos las tres primeras. De vuelta definitiva a Pamplona, en octubre de 1969, don Javier ocupó la dirección de la Escuela, cargo que ejercería por diez años.

Para todos sus alumnos don Javier ha sido modelo de equidad y justicia; lo era también de exigencia, es cierto, pero ponía tan claras desde el principio las reglas del juego, y las desempeñaba tan exactamente, que nunca conocí ninguna queja de él. Aunque imponía la gravedad de su figura, es también general la experiencia de ser siempre amablemente atendidos por él en su despacho, en cualquier momento que lo necesitáramos y como si no tuviera ninguna otra cosa que hacer. También como director estaba abierto a considerar cualquier propuesta, por diferente que fuera de su opinión personal, y después de estudiarla reconocía sin reparos la parte que pudiera tener de razonable o conveniente.

Como profesor facilitaba extraordinariamente la explicación clara y la transmisión de sus métodos de cálculo estructural. En 1975 abandonó la regla de cálculo por una calculadora con funciones algebraicas (extendiendo este uso a los alumnos), que fue rápidamente sustituida por calculadora con memoria; a partir de 1986 utilizó su propio ordenador antes de que se implantaran de modo generalizado en la Escuela. Entre el numeroso material docente que elaboró es muy conocido el llamado *Lahuertario*, formulario de recopilación de tablas con cálculos minuciosos que proporcionaba con su uso una gran rapidez para encontrar las propias soluciones. Viene a ser un símbolo de esa voluntad de servicio que pedía el Fundador de la Universidad de Navarra, que lleva a poner a disposición de todos los propios conocimientos para que los que nos siguen puedan empezar donde nosotros terminamos.

En el verano en que acabé la carrera, con la reválida correspondiente (era 1970), don Javier me citó a través de mi cuñado. Quería informarme como director de que Luis Moya, ilustre arquitecto y antiguo director de la Escuela de Madrid, había aceptado su propuesta de incorporarse a esta Escuela tras la reglamentaria jubilación como profesor en Madrid. Me entregó un detallado programa de las asignaturas de Estética y Composición que iba a impartir (que él mismo le había solicitado) y me pidió que lo leyera antes de contestarle si quería ser ayudante suyo. No tuve oportunidad de confirmárselo. Cuando unos días después fue a presentarme al Profesor Moya que acababa de llegar, éste me recibió afablemente como la nueva «Profesora» y me invitó a acompañarle a su primera clase. Hasta su fallecimiento en 1990 pude asistir

a Luis Moya en sus tareas, debiéndole también la dirección de mi tesis doctoral. Todo ello, que considero un privilegio, se lo debo a don Javier. Cada vez que Luis Moya venía desde Madrid a Pamplona para impartir clases en semanas alternas, la primera visita era para su director, y yo pude ser mudo testigo de la cordialidad e intensidad que se derrochaba en esos repetidos encuentros. Todavía hoy sigo impartiendo esas asignaturas, lo que quizá muestra el acierto de don Javier al proponerme una docencia adecuada, en la que tenía un atractivo campo a recorrer. Cosa que como director tuvo ocasión de hacer con muchos otros futuros profesores de esta Escuela que daba sus primeros pasos, captándolos tanto entre antiguos alumnos como entre catedráticos procedentes de otras escuelas.

José Javier Lahuerta, segundo de sus hijos y el mayor de los chicos, pertenecía a la primera promoción de nuestra Escuela, de 1969. En noviembre de 1970, poco después de trasladarse a Madrid para hacer allí su doctorado en Urbanismo, falleció en un lamentable accidente en un pantano a setenta kilómetros de Madrid, hecho que nos dio ocasión para constatar la entereza, conformidad y profunda visión sobrenatural de nuestro profesor y director. No es necesario comentar lo mucho que pudo significar para él perderle, y —aunque no sea esto lo primordial— precisamente cuando acabada de obtener el título de arquitecto y estaban tan vivas las expectativas de un futuro brillante en su misma profesión. Afortunadamente otros miembros de la familia, entre sus hijos y nietos, han seguido posteriormente, también en lo profesional, el camino abierto por don Javier, dándole muchas satisfacciones.

En Pamplona dirigió don Javier su primera tesis doctoral, a su Ayudante Lorenzo García Durán, que la defendió ya en Madrid en 1970. Cuando en agosto de 1969 se publicaron las directrices para los estudios de doctorado del plan 64, comenzó a estudiar el modo de implantarlo en nuestra Escuela, y en el curso 1970-71 (cuando ya la Escuela de Madrid lo había hecho) se comenzaron los Cursos Monográficos, incluyendo entre ellos el impartido por don Javier que tendría continuidad (con distintos temas) hasta 1994. La primera tesis doctoral que se defendió en nuestra Escuela fue la de Alberto Mingo, un egresado de la primera promoción, ya en 1975, a la que siguió la de quien les habla, el curso siguiente. Estos hechos, como muchos otros que sería prolijo mencionar, muestran el ritmo con el que nuestro director iba imponiéndose e imponiéndonos las nuevas metas. Don Javier dirigió también la tesis de José Antonio Blanco, profesor en la Escuela Universitaria de Ingenieros en Pamplona, que colaboró en el Laboratorio, y que la presentó en la Escuela de Ingenieros de Minas de Madrid, en 1976. Y en la Escuela de Arquitectura de Pamplona, otras dos tesis más: las de Faustino Gimena y Aurora Barrio.

Entre las actividades de su siempre apretada agenda, estuvieron muchas Conferencias, Cursos sobre las sucesivas Instrucciones o Normas de edificación, ponencias en Congresos y Seminarios, con intervenciones relevantes en el ámbito de la Universidad, de los Colegios Profesionales o en Organismos Oficiales o no, en distintos lugares, sobre todo de España y Europa, también en EEUU; y participó en Cursos Superiores de Edificación en nuestra Escuela desde 1988 que se prolongaron en un Master y en la promoción de otros Cursos especializados de Postgrado. Ello sin contar las tareas de representación y gestión, exigidas por su cargo de director.

Desde 1971 se estaba ya estudiando en la Escuela, bajo su dirección, la creación de una Escuela Universitaria de Arquitectura Técnica, aneja a la Superior, aunque

hasta 1992 no se llegaría a implantar. Escuela que hoy da paso a la nueva de Ingeniería de la Edificación. Estudios y publicación de Programas, cambios experimentales en los calendarios, a veces drásticos, consensuados en reuniones ordinarias y extraordinarias, aprobados incluso a veces con su opinión en contra, o cambios del plan de estudios que prolongaban un año la carrera, han sido en estos años puestos en marcha, promovidos o ensayados por él buscando siempre una mejor docencia. Los años difíciles de revuelta universitaria, provocada generalmente por contagio de cierta politización, fueron acometidos con firmeza por el director aplicando los Reglamentos vigentes, afortunadamente con éxito. La primera reunión de Graduados de la Escuela se hizo también bajo su dirección.

Cuando terminó su etapa de director, don Javier continuó asistiendo asiduamente a todos los plenos de profesores, que entonces eran muy efectivos, con propuestas y discusiones en las que participó muy activamente. Siguió como director del departamento de estructuras hasta 1994, en una época en que los profesores de la Escuela no se jubilaban. No obstante fue nombrado Profesor Extraordinario en 1994 y lo fue hasta 1996, fecha en cumplía los ochenta años.

En el inicio del curso 1993-1994, don Javier Lahuerta dictó la lección inaugural del curso académico en la Universidad de Navarra, en la solemne ceremonia de apertura. Es un honor que por simple cálculo numérico pocos profesores llegan a alcanzar. Su disertación versó sobre *La seguridad en los edificios*. Mostrando su flexibilidad, encontramos en ella (especialmente al inicio y al final) algunas concesiones al humor y ciertas conexiones del tema con la vida cotidiana que suelen ser frecuentes en atención al público invitado, no especialista, que la escucha. Se alegraba de haber arrancado carcajadas a las autoridades, como así fue, a pesar de ser un tema tan árido. El intento de conseguir la seguridad en la mayoría de las acciones humanas se justifica precisamente —decía— porque no hay nada seguro, y los seguros que existen no evitan el daño, sino que lo compensan con dinero. El grueso de la lección es una sencilla y breve síntesis histórica, también salpicada de anécdotas, de los conocimientos y métodos empleados hasta la más reciente actualidad, que solamente podría hacer un profesor que, dotado de gran habilidad docente, es al mismo tiempo un especialista consumado. Ideas básicas que permiten también al lego en la materia, hacerse una idea de conjunto.

Cuando cumplió los ochenta años plenamente activo, la Escuela le tributó un homenaje (precisamente dos días después, el día 22 de marzo de 1996), del que se conserva una publicación. En ella, además de las intervenciones del acto (de Lorenzo García Durán, Ricardo Aroca Hernández-Ros, Ignacio Araújo Mújica y Leopoldo Gil Nebot) y de las de otros profesores que se unieron para el texto escrito, figura una larga entrevista en la que don Javier resume detalladamente toda su trayectoria profesional con algún apunte familiar. Entrevista que, por su extensión e intensidad, no parece haber sido transmitida oralmente ni estar ligada a una memoria espontánea (ocupa 150 páginas). Gracias seguramente a un cuidadoso archivo extendido a lo largo de toda su vida, don Javier ha hecho posible que quede para la posteridad un verdadero documento detallado, no solo de sus actividades, sino también —en lo que a éstas respecta— de las de todas las personas, autoridades, organismos, etc., con que colaboró. Es una muestra más de un trabajo y de una constancia que resultan abrumadores. Su existencia nos exime de ser exhaustivos en esta ocasión.

Un detalle de los reseñados por él es que la ceremonia de su boda, celebrada el 6 de abril de 1945 en la Iglesia de San José de Madrid, la ofició don Josemaría

Escrivá; el dato es escueto y sin comentario por su parte, pero cobra mayor significación con la posterior venida de don Javier a la Universidad de Navarra de la que, como es sabido, Escrivá de Balaguer es Fundador y Primer Gran Canciller, y sabiendo también que desde el 6 de octubre de 2002 es San Josemaría, un santo venerado por la Iglesia universal.

Finalizando el año 2005, con ocasión del 30 aniversario de la colocación de la primera piedra del edificio de la Escuela (23-XII-1975), don Javier, que en aquella fecha era su director (además de colaborador en la obra con Rafael Echaide), junto con los arquitectos Carlos Sobrini y Eugenio Aguinaga, participó en una mesa redonda en la Escuela rememorando las circunstancias del proyecto, como responsables del edificio que todavía hoy ocupamos. Desde la formación de un Grupo Promotor en 1973 y los primeros estudios estadísticos de don Javier para hacer su programa, hasta su inauguración en el curso 1977-78, se sucedieron las anécdotas. Obedeciendo a la idea inicial, *que el edificio fuera una lección de arquitectura*, la Escuela sigue siendo hoy, con su valor arquitectónico y con la vida que suscita en ella, un atractivo gancho para captar nuevos alumnos.

En este nuevo edificio, mi departamento quedaba muy aislado del suyo y seguí algunos de sus avatares a través de lo que podían suponer esporádicas alusiones de mi cuñado o de Aurora, otra profesora (por ejemplo, sabía que cada año tenían una comida de departamento, con formales fotos del grupo de personas que lo componían en ese momento, que todos guardaban con cariño y que quedan como testimonio histórico y de valor personal); de vez en cuando contactaba con él también a través de los saludos que nos cruzábamos al encontrarnos a la salida o entrada de la Escuela (él siempre muy caballeroso, con su sombrero).

En Pamplona quedan también abundantes ejemplos de su actividad profesional como arquitecto, además de muchas estructuras calculadas. A través de su hermano Juan y de Ignacio Araújo, que le invitaron a venir, recibió sus primeros encargos, que pronto llamaron a otros, atraídos los clientes —casi siempre importantes constructores— por su buen hacer. Al primer trabajo en dos bloques de 92 viviendas promovidas por la Caja de Ahorros Municipal, con acondicionamiento de locales para diversas funciones, y urbanización de la zona exterior, le siguió un Proyecto de reparcelación y ordenación de volúmenes del Polígono 45 del tercer ensanche de Pamplona, un edificio de viviendas de lujo en Paseo Sarasate, y también (fuera ya de Pamplona) el Proyecto de Hotel de 50 habitaciones en Alfaro. Sería muy largo enumerar todos los que realizó después, bastantes en la zona de extensión de Pamplona hacia la universidad, otros en el centro de la ciudad, la mayoría de viviendas (no faltando, por ejemplo, una iglesia en los bajos y patio interior de uno de esos bloques). Don Javier ha dejado noticia escrita de todos ellos, junto con las más significativas incidencias de proyecto o de obra.

En la Universidad de Navarra construyó el edificio Polideportivo (proyecto de 1979 y en uso en el curso 1983-1984), que además de su función propia, acoge (con cierto acondicionamiento temporal) otros actos formales de la Universidad que requieren gran afluencia de gente (ya sean de tipo académico o religioso), con un aforo que sobrepasa las 3.000 personas. Un edificio por tanto que está, para la mayoría de los universitarios, muy ligado a abundantes momentos felices, dignos de recordar.

En resumen, podemos tomar de su curriculum que entre sus obras figuran 1.460 viviendas en edificios urbanos o rurales y casi 200.000 metros cuadrados en edificios de carácter industrial, además de tres edificios docentes, dos administrativos y uno deportivo; habiendo sido consultor de estructuras de otros 127 edificios. Define cada proyecto como «un compromiso entre la funcionalidad en las plantas, la estética en las fachadas, la sencillez en ejecución, la durabilidad en el tiempo y la economía en el coste». Siempre atento a satisfacer a las personas involucradas, desde el promotor o constructor hasta los futuros usuarios.

Como experto con reconocimiento internacional, a su actividad en distintos organismos en Madrid, que en alguna parte pudo seguir también en su etapa navarra, y a sus muchas más numerosas y continuas tareas de normalización en once Comisiones y Comités Internacionales cuyas labores se extendían a veces a periodos de hasta treinta años, se suman las numerosas distinciones recibidas, desde las tres ganadas al final de la guerra española (Medalla de la Campaña, Cruz Roja del Mérito Militar y Cruz de Guerra, de 1939) hasta la Encomienda de la Orden de Cisneros en 1964, pasando por el Premio Aníbal Álvarez de fin de carrera (1941) y el Premio Muguruza de Publicaciones del C.O.A.M. de 1948.

Mis más cercanos recuerdos de don Javier están ligados con esta Academia y justifican que hoy me pueda encontrar aquí. En los inicios del curso 2002-2003, un día me llamó a su despacho. Me dijo que, respondiendo a su petición, iba a proponer a un antiguo alumno de la escuela, residente en otra ciudad, como Académico correspondiente de esta Casa, y había pensado que también podía proponerme a mí. Consideraba en su benevolencia que podía aducir méritos suficientes (aun sin decirlo expresamente se deducía de sus palabras que siempre me había tenido en gran estima) y además, me dijo: «ahora me viene a la mente el recuerdo de tus especiales relaciones con Luis Moya (que fue Académico de la de Bellas Artes de San Fernando)». Le agradecí enormemente esta iniciativa que se llevó a efecto y que ha sido también importante en mi vida. Otras similares las había tenido ya antes y las ha tenido también después con otros profesores y amigos. Son muestra de su generosidad y de su hábito de pensar en los demás. Como en otros ámbitos, su recuerdo como Académico y su extraordinaria dedicación, es un gran estímulo para todos nosotros, los apadrinados por él, al que mientras Dios nos de capacidad intentaremos responder, aunque —siquiera sea por peor salud— no sea posible igualarle.

Precisamente con ocasión del acto que organicé en la Escuela de Arquitectura con motivo del centenario del nacimiento de Luis Moya en su memoria, en 2004, le dirigí a don Javier, como a todos los profesores y antiguos alumnos de la Escuela, una invitación a participar en la publicación que realizamos a tal efecto. Don Javier, con su presteza habitual, fue el primero en responder, con un escrito que recoge sus relaciones con él (y los encuentros que tuvieron junto con sus esposas respectivas). Como ya queda dicho, él fue el responsable de su fichaje para nuestra Escuela, y deja detallada constancia del hecho. Su texto figura en el libro al inicio de todas las demás intervenciones, incluidas las propias del acto académico. El libro tardó bastante en ver la luz por razones ajenas, y en junio de 2009 su aparición me dio ocasión de visitarle en su domicilio para entregárselo (debía hacer solo dos o tres años que no bajaba a la Escuela; porque recuerdo que en ella celebramos con él su 90 cumpleaños). Me sorprendió la alegre y calurosa acogida que me brindó, por ser especialmente cariñosa, en un momento en que sin duda los años suprimieron la respetuosa

distancia que él manifestaba siempre en su trato. Tras su sorpresa por la publicación, debido a que había olvidado ya su personal contribución, y de su sentido agradecimiento, conversamos de temas varios y me mostró y comentó algunos detalles personales muy significativos de su casa, como el retrato de una jovencísima Mavi (su esposa) y los cuadros realizados por él con los escudos genealógicos de los apellidos de su familia. Cuando llegó la hora en que según su costumbre fiel debía asistir a la santa misa, le acompañé hasta la cercana Parroquia de Cristo Rey, despidiéndome sin saberlo por última vez. Tres meses después fue cuando, el 16 de septiembre de 2009, a la vuelta de esa misa, al disponerse a hacer un crucigrama ya en su domicilio, el Señor quiso llevárselo, a los noventa y tres años de edad, en plenitud de sus facultades. En esa misma iglesia le despedimos con su funeral. Era sentir general lo deseable que resultaba para todos la fecundidad de su larga vida y su marcha serena, sin sobresaltos, como si, según su costumbre en todo lo que hacía, estuviera ya prevista y controlada. A él nos dirigimos también ahora, cuando podrá escucharnos desde el cielo, esperando su indulgencia por no haber sido quizá todo lo exacto o completo que debiera ser, nuestro recuerdo.

Estas pocas pinceladas de un trato como el que él ha podido tener con innumerables personas han bastado, a quien esto escribe, para formarse la memoria de un hombre extraordinario, imitable en tantos aspectos, y para hacerse acreedora de gran agradecimiento. Pienso en todas las generaciones de alumnos de arquitectura que lo han tenido como profesor y en todos los profesores que lo han tenido como colega y una simple multiplicación (él que era tan aficionado a los cálculos) basta para hacer más significativa esta intervención que quisiera hacer en nombre de todos ellos. Aunque solo contemplamos así un segmento muy breve de su personalidad y de sus acciones, personas más ilustres se han referido ya a otras facetas con mayor calado, dando con su contraste un mayor relieve a esta ligera impronta.

Muchas gracias.